

12. *Vinea mea coram me est. Mille tui pacifici, et ducenti his, qui custodiunt fructus ejus.*

13. *Quæ habitas in hortis, amici auscultant: fac me audire vocem tuam.*

14. *Fuge dilecte mi, et assimilare caprea, hinnuloque cervorum super montes aromatum.*

12. Mi viña ¹ delante de mí está ². Tus mil del pacífico ³, y doscientas para aquellos, que guardan los frutos de ella.

13. O tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz ⁴.

14. Huye, amado mio ⁵, y aseméjate á la corza, y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

1 Tuvo en otro tiempo Salomón, esto es, el Señor, una viña, ó la Sinagoga, de la que percibía algunos frutos; pero frutos que de ningún modo pueden compararse con los que percibirá de mi viña. Y la razón de esto es, porque los que cultivaban aquella viña, eran los sacerdotes, los profetas, y los reyes; pero esta viña de la Iglesia, es el mismo Señor, mi Esposo, el que la cuida: él es el que hecho hombre la cultiva juntamente con su Esposa, por lo que necesariamente sus frutos han de ser mas copiosos. Esta es la viña del verdadero *Pacífico*, en la cual aunque tiene puestos sus obreros para que la labren y cuiden, les tiene prometido, que nunca les faltará su asistencia. *MATTH. XXVIII, 20.* Desechada la antigua viña, es entregada esta nueva á nuevos obreros, mas fieles que los primeros, y ellos se harán dignos de recibir la recompensa, que les es debida, ciento por uno en este mundo, y en el siglo venidero la vida eterna. Pero es de notar, que *las doscientas monedas de plata* no se dan sino á aquellos, que guardan los frutos de la viña, y despues que hayan pagado los *mil* al verdadero Salomón; quiere esto decir, que recibirán la justa recompensa de su vigilancia, caridad y fidelidad.

2 En estas palabras: *mi viña delante de mí está*, se contiene un excelente documento, para que cada uno de los fieles se aliente y exhorte con ellas á arreglar su conducta, conforme al estado de su vida y á sus obligaciones. La viña de mi alma, regada con la preciosa sangre de Jesucristo, siempre está delante de mí. Yo la he de cultivar como conviene, para que ella dé el fruto que debe; y tenga yo despues la recompensa prometida á los obreros fieles y colonos diligentes.

3 Son para tí, ó *pacífico*. En el Hebréo, y en los *LXX*, está en vocativo. *Tui* es genitivo.

4 Hemos visto ya, que la Iglesia es comparada á un jardín, *cap. IV, 12, v. 1, VI, 1*, y la Esposa á una jardinera, que se emplea en cultivar las viñas y los jardines: y así no es de extrañar ahora, que el Esposo divino queriéndola dejar despues de la solemnidad de las bodas espirituales para volverse á su Padre, la señale aquí por estas palabras: *Tú que moras, etc.* Los Intérpretes convienen comunmente, que este es el último coloquio, que tiene el Esposo con la Esposa, en que la exhorta á desempeñar como debe el ministerio de la predicación de la verdad, por lo que respeta á los que nombra sus *amigos*, que son los que están destinados á *escuchar* la voz de la Esposa, como que estos le pertenecen de derecho. Y así le dice: Predica el Evangelio, y los santos preceptos de mi ley, y anuncia al mismo tiempo los bienes celestiales, que deben ser la recompensa de los que los hubieren observado. Porque ninguna cosa me puede ser mas agradable, que oír tu voz, aquella voz con que se anuncian á los pueblos las palabras de la vida y de la salud eterna. Y la respuesta que le da la Esposa es la siguiente, etc.

5 Que es como si le dijera: Vos me mandais predicar, y quereis oír mi voz; mas huid, Esposo mio, esto es, despues de haber cumplido todos los misterios de vuestra Encarnación, y de vuestra pasión, daos prisa á subir á los montes altos de la celestial Jerusalén, á los montes de los aromas, en donde os ofrecerán el nuevo cantar, y el oloroso sacrificio de sus alabanzas los santos Angeles, y las almas glorificadas, que llevaréis con vos en vuestro triunfo. Desde allí me enviaréis vuestro santo Espíritu, sin el cual no puedo yo ponerme en estado de cumplir lo que me decis y ordenais. Cuando exhorta á su divino Esposo á elevarse sobre los *montes eternos*, segun el lenguaje del profeta rey, *Salm. LXXV, 4*, avisa á todos sus hijos, que allí es adonde deben encaminar todos sus deseos, desprendido su corazón de las cosas de acá bajo, puesto que siendo miembros de Jesucristo están obligados á reunirse con su Cabeza, que está en el cielo. Y aquí es, dice un docto y piadoso intérprete, en donde da fin este Cántico verdaderamente divino, que elevando así nuestros corazones, nos hace comprender, que la alianza, que en él se nos representa del Esposo con la Esposa, nada tiene de humano ni de terrestre; y que este desposorio espiritual de nuestras almas con Dios, que se comienza desde acá bajo por la gracia, que nos ha adquirido la virtud de la sangre adorable de Jesucristo, no será perfectamente consumado sino en los cielos, figurados *por estos montes de los aromas*. Allí es en donde por toda la eternidad se ofrecerá el incienso al Padre como á Cabeza de Jesucristo: al Hijo como á Cabeza y Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo: y al Espíritu Santo como al santificador de la misma Iglesia.

La Iglesia y los santos Padres, especialmente *SAN AMBROSIO*, á mas de las exposiciones que van mencionadas, aplican muchos lugares de estos divinos cánticos á María Santísima, Madre de Dios; pues le conviene con mucha propiedad la calidad de Esposa y Madre del divino Amor; y así la Virgen María es aquella verdaderamente: *Tota pulchra, et macula non est in te*; y aquella de quien se dice: *Quæ est ista, quæ ascendit, innixa super dilectum suum*? con otros muchos lugares, que segun la economía de este sublime epitalamio, y el uso que hace la Iglesia, se puede decir, que aun literalmente son propios de la que dijo: *Ego Mater pulchrae dilectionis*.

ADVERTENCIA

SOBRE LA SABIDURÍA.

Que el verdadero y primer autor de este Libro sea el rey Salomón, no solamente lo declaran por la mayor parte los Padres antiguos, si no que se reconoce claramente por muchos lugares de él; señalándose como con el dedo, que no pudo ser otro el que lo escribió; en tanto grado, que no falta otra cosa, sino solo que se exprese su nombre. Pero ni aun esta circunstancia le falta, pues aunque los Latinos no lo añaden en el título, esto no obstante en el texto griego se lee de esta manera: *Σοφία Σαλωμώντος, Sabiduría de Salomón*. Convienen comunmente los doctos en que Salomón lo escribió en hebréo, pero que se perdió el original, del cual aun en tiempo de san Jerónimo no se tenia noticia de que hubiese ya quedado ejemplar alguno. Por esta razón la última y sola fuente que nos ha quedado abierta es griega, y así este Libro juntamente con el del *Eclesiástico* entra en el número del *Heptateuco*, ó de los siete Libros que del antiguo Testamento tenemos en griego, es á saber: Los dos dichos, el de *Judith*, el de *Tobias*, los dos de los *Machabees*, y el de *Baruch*.

Mas aunque reconozcamos por su verdadero autor á Salomón, muchos Expositores son de parecer, que lo es solamente en cuanto al sentido, ó á las sentencias que en él se encierran, pero no en cuanto á las palabras, y á la composición ó coordinación de ellas: por cuanto, como observa muy bien san Jerónimo ¹, brilla en todo él aquella elocuencia y erudición griega, que florecia en todo el Oriente, y principalmente en Alejandría en el imperio de los reyes de Macedonia; habiendo dispuesto el Señor, que los divinos oráculos se escribiesen tambien en este estilo, aunque muy diferente de la sencillez hebréa, acomodándose aquella celestial y divina Sabiduría á los usos y gusto de todos los hombres y tiempos. Lo cual se echa tambien de ver en el *Libro de la historia de los Machabees*. Algunos pretenden que quien lo escribió, ó sea su compilador, fué Philón, recogiendo y tomando las sentencias de varios escritos de Salomón. Este Philón no fué el jóven ó el alejandrino, sino otro contemporáneo de Demetrio Phalereo, de quien hace mencion Josepho ², y que se cree haber sido uno de los *LXX* Intérpretes, lo que solo está apoyado en conjeturas poco ciertas. De lo que no podemos dudar es, de la autoridad divina y canónica, que tiene este Libro por consentimiento expreso de la Iglesia católica, que declaró solemnemente esta verdad en muchos concilios, especialmente en el Tridentino, y de que el principal autor, que lo dictó é inspiró, fué el Espíritu Santo; y esto es lo que hace á nuestro propósito, sea quien fuere el instrumento de que se sirvió para comunicar á los hombres los preceptos de la verdadera Sabiduría. Esta sola consideración debe bastar para que un católico oiga todas sus palabras con el mayor respeto, humildad y sumisión.

Es muy elevada la doctrina, que en él se contiene; inspira un profundo respeto hácia Dios, y un grande desprecio de todo aquello, que atrebata en este mundo el corazón de los mortales; y sus exhortaciones y avisos van principalmente encaminados á los reyes, poderosos, jueces y superiores, á quienes pone delante sus estrechas obligaciones, y tambien anuncia los terribles tormentos, y el severísimo juicio, que espera á todos los que gobiernan; y esto con tan vivos colores y con razones tan fuertes, que en toda la Escritura no se leen expresiones mas propias para hacer que los hombres, vuelvan sobre sí, ni mas acomodadas para mover los mas duros corazones. Podemos dividir este Libro en tres partes: en la primera hasta el cap. VII, se alaba y recomienda el amor

¹ Prefat. ad Heliodor.

² Lib. I contra Appion.